

## CAPÍTULO II.

### LOS HECHOS.

#### § I. — Dios en la historia.

Decimos que Dios está en la historia porque está en el mundo y en el hombre, y añadimos que los hechos lo atestiguan en cada página de los anales de la humanidad. Los historiadores que niegan el gobierno providencial nos preguntarán desde luego cómo los hechos pueden probar la presencia de un ser invisible, y por consecuencia, sobrenatural. ¿No hay una contradicción en buscar lo invisible en lo real y lo sobrenatural en lo natural? ¿Lo uno no excluye lo otro? Los hechos se establecen por testimonio de los sentidos; se ven, se oyen y se palpan. ¿Cómo esos mismos hechos pueden atestiguar la presencia de un ser á quien no se ve, ni se oye, ni se palpa? ¿Todo esto no es imaginario? Y lo imaginario, ¿no debe eliminarse de una ciencia que se funda sobre hechos?

Entendámonos. No pretenderemos ciertamente que la historia demuestre la acción de la Providencia á la manera que establece el hecho de una batalla ó que expone una legislación ó una forma de gobierno. Dios no se demuestra; sin embargo, salvo algunos espíritus extraviados, la humanidad entera le adora; los hombres creen en Dios porque le

sienten en sí y porque el mundo no tendría razón de ser si faltara. Tampoco tendría razón de ser la historia, eliminando de ella á Dios. Sin Dios es inexplicable la vida, así de los pueblos como de los individuos, mientras que todo se explica admitiendo una Providencia divina. En este sentido la historia es una teodicea. Al individuo que niega que Dios está en él y que él vive en Dios, nada se le puede objetar, porque el drama secreto de su existencia pasa en su fuero interno. La vida del género humano es distinta. La conocemos por la historia; y ¿qué nos dice ésta en cada página? Que los hombres hacen las más veces lo contrario de lo que se proponían hacer, bajo el concepto de que sus acciones producen consecuencias en que no pensaban y resultados que no podían prever ni siquiera sospechar. Sin embargo, aun á pesar suyo, contribuyen á la educación progresiva de la humanidad, y por consecuencia, también de los individuos. Tan verdad es que los hombres ejecutan lo que no querían ejecutar, que muchas veces no hubieran obrado á la manera que lo hicieron, si hubiesen podido prever los resultados de sus esfuerzos. Hay, pues,

en la vida del género humano, tal cual la historia la describe, una serie, un plan, un desenvolvimiento que no puede atribuirse á la libertad humana, puesto que, lejos de inspirarlos, contraria, en cuanto está á su alcance, el curso misterioso de las cosas. Decimos misterioso en el sentido de que no podemos ver la mano que nos guía ni el poder que nos inspira; ¿cuál es ese poder invisible?

Hemos recorrido las teorías imaginadas por los historiadores y por los filósofos para dar la explicación del misterio. Los unos casi de antemano desesperan y dudan de encontrar una solución, y hacen de su ignorancia un poder ciego al que llaman azar. Evidentemente no es esta una solución. Decir que el azar gobierna las cosas humanas es no decir nada, aunque sí revela esa afirmación la confesión implícita de que influye, y no poco, en nuestro destino, un elemento que no es la libertad humana. Á ese *no se qué* se le llama azar. Otros escritores, los más en número, dicen que el poder misterioso á que venimos haciendo referencia es la naturaleza, sea clima, sean razas, sea el conjunto de las influencias físicas que rigen, así el mundo moral como el material. Pero ¿qué es la naturaleza? ¿De dónde recibe el poder, la previsión, la inteligencia que revela en la prosecución de nuestros destinos? Si la naturaleza es la materia y nada más que materia, de nuevo nos quedaríamos sin solución. ¿Cómo admitir que la materia obre con sabiduría, con inteligencia? Donde hay una acción inteligente, ha de haber también un ser inteligente; la naturaleza nos lleva á Dios: ¿No será Dios quien guía á los individuos y quien gobierna al mundo?

Por último, algunos escritores reemplazan la naturaleza por leyes generales: ¿la ley no supone un legislador? ¿Quién será, pues, este legislador sino Dios? La teoría de las leyes generales implica asimismo una acción divina, aunque ejercida por medio de leyes eternas é inmutables, cuyo origen se pierde en la antigüedad de los tiempos y que no está en nuestras facultades concebir. En cuanto al legislador, es Dios; sólo que, á diferencia de los legisladores humanos, no necesita velar por el cumplimiento de leyes que por sí mismas se realizan, como sucede con las que rigen al mundo físico. Comprenderíase esto si el hombre fuera materia simplemente, si no tuviese inteligencia, ni voluntad, ni libertad, ni pasiones. Si el hombre es libre,

¿no podrá usar de su inteligencia para contrariar la acción de las leyes generales? Y si, á pesar de todo, los mismos excesos y extravíos de la humanidad sirven para avanzar su educación, ¿no será prueba de que hay un gobierno, además de las leyes generales? Vemos que, lo mismo que el azar, lo mismo que la naturaleza, las leyes generales nos conducen á un gobierno providencial.

Ahora se comprenderá el sentido en que decimos que la historia es una teodicea. En vano se empeña el hombre en desterrar á Dios de la historia, pues no alcanza á reconocer ni aceptar otro poder fuera del suyo. Pero lo que nosotros llamamos Dios ó gobierno providencial, ¿es lo mismo que llaman otros azar, naturaleza ó leyes generales? ¿Será todo cuestión de palabras? De antemano hemos contestado, y completaremos la respuesta entrando en el exámen de los hechos. Por de pronto nos limitamos á preguntar: ¿cuál de las varias explicaciones de un hecho conocido es la mejor, la que nada explica ó la que de todo da cuenta? El azar es una palabra vacía de sentido. La naturaleza, si es un poder inteligente, no puede ser otra cosa que Dios; si es un poder ciego, se reducirá á una palabra vana. Las leyes generales suponen la acción de Dios en el principio de las cosas; si Dios deja de obrar después de haber dado leyes á la creación, entonces la hipótesis resulta, entre todas, la más inexplicable; si continúa obrando, vendremos á parar en el gobierno providencial. De Dios no puede decirse que sea una simple palabra, ni de un gobierno providencial que es una explicación que nada explica. Sólo ahogando nuestra conciencia no oíríamos la voz de Dios, que nos habla, no por medio de leyes generales, sino de una inspiración continua que jamás nos abandona, aun cuando la reneguemos ó la huyamos. Si Dios dirige á los individuos, gobierna también el mundo. ¿Da cuenta este gobierno de la influencia misteriosa que reconocen todos los historiadores? Los hechos van á responder.

Pongamos de manifiesto lo que los hombres se han propuesto, desde que conocemos su historia, y lo que han hecho sin quererlo. En toda la historia intervienen dos principios: el uno, la libertad humana, con sus excesos y extravíos; el otro, la acción de un poder invisible, que nos conduce al término de nuestro destino. Ambos principios pueden concordar, y abrigamos la profunda convicción de



que su armonía será cada vez más completa. La acción divina brillará en medio de esta armonía con resplandores más puros y fulgentes que en el conflicto cuyas principales peripecias la historia nos relata. Con todo, el acuerdo jamás será completo; siempre habrá conflictos entre lo que el hombre quiere y lo que quiere Dios. Casi estamos por aplaudirlos, porque de una parte esa oposición comprueba nuestra libertad, el don más relevante de Dios, y de la otra manifiesta claramente la acción de Dios sobre la humanidad. Dios domina, y todo va progresivamente marchando hacia el perfeccionamiento. Hé aquí un consuelo y un apoyo.

## § II.—La antigüedad.

### N.º 1.—El imperio de la fuerza.

La fuerza reina en el mundo antiguo: diríase que los hombres se proponían destruirse, ó, por lo ménos, que la tierra era y debía continuar siendo teatro de matanzas y de ruinas. Un filósofo, y filósofo inspirándose en el ideal, afirma que la guerra es la condición natural de los pueblos, como lo es de las fieras que vagan en los desiertos (1). La paz era en la antigüedad un estado excepcional, y había que estipularla por tratados; los convenios y no la naturaleza ponían coto á la efusión de sangre humana. Pero ¿acaso, en el interior de las ciudades y de los Estados, la fuerza cedía ante el derecho y la justicia? No, dominaba en los gobiernos como en las relaciones internacionales. ¡Cosa notable! la misma palabra que designaba la superioridad de las cualidades físicas servía para marcar la superioridad moral: la *aristocracia* tiene su origen en el *derecho del más fuerte*. Los Etiopes, á lo que se cuenta, no juzgaban digno de la corona sino al de mayor corpulencia y cuya fuerza física correspondiera á su talla (2).

En la antigüedad sólo para la guerra vivían algunos pueblos, como las tribus nómadas que habitaban el Asia septentrional, cuyo retrato ha trazado el padre de la historia. Un escritor chino, que debe haberlos visto de cerca, añade al cuadro de Herodoto algunas pinceladas que caracterizan el reinado de la fuerza: "Estos pueblos ignoran lo que

es la justicia. Los más fuertes eligen en las comidas lo más gordo y suculento; los viejos comen y beben las sobras. Son nobles y honrados entre ellos los más fuertes y valientes, los viejos y los débiles son despreciados" (1). Cuando los nómadas no están en guerra, se entregan al placer de la caza: es esta otra especie de guerra en que toma parte toda la tribu. Siempre á caballo, la conquista parece su único destino. Diez veces han invadido el Asia, saliendo de sus estepas ó bajando de sus montañas, como torrente desbordado. Diríase que van á conquistar el universo, y no ven límites á su dominación. En realidad, sus conquistas tienen algo de prodigio: los Tártaros han combatido al mismo tiempo en Silesia y en torno á las murallas de la China (2).

Hay en el mundo antiguo pueblos cuya existencia parece desmentir el carácter general de violencia que atribuimos á la antigüedad. Podemos llamarles teocráticos, porque viven en la contemplación de Dios; por lo ménos, así lo verifica la casta dominante de los sacerdotes. Pues bien, las teocracias descansan sobre la fuerza, lo mismo que los Estados despóticos del Oriente. El verdugo es el lazo de la asociación humana, según la horrible frase del conde de Maistre. Quitad del mundo á este agente incomprensible, dice, y en el mismo instante el caos reemplazará al orden, se abismarán los tronos y desaparecerán las sociedades. El mismo pensamiento y casi las mismas expresiones se encuentran en uno de los libros sagrados de la India: "El castigo gobierna al género humano... Si el rey no castigara sin descanso á los que merecen el castigo, los fuertes asarían á los débiles, como pescados en asador" (3). Los guerreros representan la fuerza; los reyes, depositarios de la fuerza, son el lazo de la sociedad. En el *Râmâyana* se lee: "Si no hubiera reyes, ningun hombre estaría seguro de lo que posee, sin exceptuar á su esposa; ni los niños ni las mujeres mantendrían la obediencia, y los hombres se devorarían entre sí como los peces en el mar. Todo sería anarquía; desaparecería la verdad, y hasta los mismos brahmas, olvidando sus deberes, no ofrecerían sacrificios" (4).

(1) MATOUANLIN, en RÉMUSAT, *Investigaciones sobre los Tártaros*, p. 5.

(2) Véase la parte primera de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

(3) *Leyes de Manú*, VII, 18, 20-24.

(4) *Râmâyana*, II, 52.

(1) PLATÓN, *las Leyes*, I, p. 625, E.

(2) HERODOTO, III, 20.

De aquí que toda guerra sea santa: "Los soberanos que combaten con valor van al cielo despues de su muerte" (1).

También había en la antigüedad pueblos comerciantes. El comercio es un elemento intelectual; representa el poder de la inteligencia, y como tal, parece ser el enemigo nato de la fuerza. Al presente, así es. En la antigüedad, el comercio y el pillaje estaban íntimamente unidos: el navegante fenicio tan pronto era traficante como pirata. Hay otro hecho todavía más notable: el Dios del pueblo comerciante por excelencia era un Dios guerrero: á Melcarte se atribuía la invención de la guerra y de las artes que con ella se relacionan, y él fué quien llevó á cabo la conquista de los países coloniales. Esta teodiceia es la expresión del genio de la raza; los Tirios estimaban sobre todo la gloria que se conquista por medio de las armas. Sus establecimientos comerciales eran invasiones á mano armada, sus fundaciones de colonias una conquista. El derecho del más fuerte dirigía la vida de los pueblos entregados al tráfico, como dirigía las correrías aventureras de los Ninos, de los Sesóstris y de los Alejandro (2).

Había un pueblo favorecido con los dones más relevantes de la inteligencia. Los Griegos no poseían el genio de la guerra ni el espíritu de conquista, y, sin embargo, estuvieron siempre en armas. ¿No se diría que una fuerza invisible impulsaba á los hombres á combatir entre sí, sin exceptuar á los amantes de los dulces trabajos de la paz? El pueblo de Minerva anda siempre armado como el pueblo de Marte. Que los Griegos comenzaran por ser piratas, se comprende; lo notable es que nunca dejarán de serlo. Cuando faltaba dinero en Atenas, sus buques iban á pillarlo de amigos y enemigos. El vencedor de Maraton no tuvo inconveniente en entregarse en plena paz á uno de esos actos de piratería. Solon autorizó en sus leyes el bandolerismo. Véase la fuerza erigida en derecho (3). Los Atenienses no procuraban siquiera disimular sus violencias; ántes proclamaban en alta voz el derecho del más fuerte. Trascribamos la siguiente famosa declaración: "Los negocios se arreglan entre los hombres por la ley de la justicia

cuando una necesidad igual les obliga; pero los fuertes procuran imponer el peso de su poderío, y á los débiles toca ceder." Los Atenienses atribuían á los dioses esta doctrina: los mismos dioses sólo dominan porque son más fuertes: "Nosotros no hemos establecido tal ley, añaden; la hemos recibido así, y así la transmitimos al porvenir" (1). De la misma manera opinaban los Lacedemonios, considerando como patrimonio propio los campos adonde podían llegar sus dardos (2). Los más grandes hombres de la Grecia participaban de estos sentimientos. Aristides, el justo por excelencia en las relaciones privadas, no conocía la justicia al tratarse de las relaciones internacionales: la utilidad legitimaba á sus ojos lo que en sí era injusto (3). Agesilao reputaba justo y bueno cuanto pudiera ser provechoso para Lacedemonia, aunque fuera el pillaje en plena paz ó una infame perfidia (4).

Es inútil hablar de Roma. En las XII Tablas inscribió la ley negando derechos al extranjero, y se dió un nombre que significa fuerza, como emblema de su futuro destino. Su fundador es hijo de Marte, amantado por una loba, y despues de su muerte es honrado como Dios de la guerra. La ciudad llamada á conquistar el mundo le toma por simbolo y no retrocede ante la violencia ni ante la perfidia, reputando siempre justo lo que le era útil, es decir, lo que la conducía á su objeto, el imperio de la tierra. Su vida entera pasa en luchas incesantes: la sangre corrió durante siete siglos, y las ruinas cubrieron todas las partes del mundo.

Se ha dicho que la guerra ha sido siempre reprobada por los moralistas, sin que la humanidad haya ganado mucho en ello (5). Aristóteles ha escrito un tratado de moral y otro de política. ¿Qué opina de la guerra? Á sus ojos es un medio de adquirir. La considera como una variedad de la caza. ¿Quién ha negado nunca la legitimidad de la guerra contra las fieras? Pues hay hombres que, como los brutos, han nacido para servir; si rehusan someterse, la naturaleza misma autoriza la guerra contra ellos (6). Así el filósofo asimila poblaciones enteras, mejor dicho, la mayoría de los hombres,

(1) TUCÍDIDES, V, 105.

(2) CICERÓN, *de la República*, III, 9.

(3) PLUTARCO, *Aristides*, c. XXV.

(4) PLUTARCO, *Agesilao*, c. XXIII y XXIV.

(5) Véase anteriormente la opinión de BUCKLE.

(6) ARISTÓTELES, *Política*, I, 3, 8.

(1) *Leyes de Manú*, VII, 87-89.

(2) MOYERS, *de Phoenizier*, t. III, p. 30 y siguientes.

(3) Véase mi *Estudio sobre la Grecia*.